EL GRAN HABITO: LA MAYOR IMAGEN ANGÉLICA DEL MONACATO ORTODOXO

El monaquismo ortodoxo es inconcebible sin su más encumbrado estadio que es el Gran Hábito¹. Los santos Padres de la Iglesia lo consideraban como la culminación de la vida monástica. Los monjes encuentran en el Gran Hábito la expresión completa de su vocación, la consecución del ideal evangélico de la perfección. El hombre asciende hasta este nivel sólo gradualmente de acuerdo a sus fuerzas, por medio del esfuerzo de toda una vida.

La vida monástica eleva al monje a la perfección espiritual en el espíritu de amor a Cristo, para que viviendo este amor, lleve al mundo la luz y el fervor espiritual.

Al retirarse del mundo, el monje no manifiesta desprecio por él, sino por el contrario, adquiere un amor perfecto por el mundo, un amor puro en Cristo, el cual es ajeno a las pasiones del mundo. Alejándose de la vanidad, el monje lucha por conocerse a sí mismo y conocer su debilidad, y trata de fortalecerse espiritualmente por medio de la oración².

El Gran Hábito en la Iglesia Ortodoxa, requiere los votos tradicionales, además de una gran valentía espiritual. En el sentir de la Iglesia, el Gran Hábito es nada menos que el voto supremo de la Cruz y de la muerte: "es la forma del completo aislamiento de la tierra, la imagen de la transformación y de la transfiguración de la vida, la imagen de la muerte y el principio de otra existencia mejor"³.

El presente artículo es un extracto de la tesis doctoral del Arch. EVLOGUI (Jorge Vassilievich Smirnov), de la Iglesia Ortodoxa Rusa, defendida el 11 de abril de 1979 en la Facultad de Teología de Moscú (Zagorsk).

¹ La palabra *schema*, en griego significa "forma", "figura", "modo". El *Gran-Schema* es, por lo tanto, la mayor "imagen" angélica del monaquismo ortodoxo. Junto a él, existe para los monjes comunes el *Schema Menor*, el cual es una imagen angélica menor.

² Archipreste G. S. Debolsky, *La preocupación de la Iglesia Ortodoxa por la salvación del mundo*, (Popechenie Pravoslavnoi Tserkvi o spasenii mira). St. Petersburgo, 1894, p. 433.

³ *Relatos notables de los actos ascéticos de los santos y bienaventurados padres* (Dostopamyatniye skazanya o podvizhnichestve svyatykh i blazhennykh otsev). St. Petersburgo, 1845, p. 8.

Como dignidad monástica, el Gran Hábito se conoce desde el siglo IV, y de acuerdo a una antigua leyenda, esta dignidad fue inaugurada por san Pacomio el Grande. Sin embargo, como una forma de vida monástica, el Gran Hábito se remonta hasta el origen del cristianismo. Los que seguían las enseñanzas de Cristo sobre la perfección espiritual por la consagración voluntaria mediante los votos de pobreza, castidad y obediencia, eran llamados ascetas para distinguirlos de otros cristianos. Llevaban vida de ermitaños, rigurosa y recluida, como san Juan Bautista o como Nuestro Señor Jesucristo durante los 40 días del desierto.

En el siglo IV, el ascetismo cristiano tomó dos formas: la eremítica y la comunitaria o cenobítica.

Desde tiempos antiguos la santa Iglesia ha santificado ambas formas de monaquismo, igualmente válidas por su propósito común: la perfección espiritual.

La diferencia entre ellas está no en su esencia, sino en la naturaleza de las actividades determinadas por las intenciones y capacidades del monje, y, en cierto modo, por circunstancias externas:

Así, el nombre de san Antonio el Grande está ligado a la vida eremítica retirada, que es el llamado monaquismo contemplativo. Por otro lado, el nombre de san Pacomio, asceta de la misma época (s. IV), está asociado a la aparición de la vida monástica en comunidad, llamada cenobitismo. Es evidente, por sus vidas, cuán milagrosa y providencialmente estaban organizadas las dos formas de monaquismo. El principal voto, común a ambas, es el de obediencia, tanto a un *staretz*⁴ (si el monje lleva vida de ermitaño), como a un higümeno (si está viviendo en un cenobio o monasterio).

*Un monje debe confiar francamente a su staretz cuántos pasos da o cuántas gotas de agua bebe en su celda, a riesgo de cometer un pecado*⁵, decían los padres espirituales a los nuevos profesos.

La Regla de san Pacomio, que le fue revelada por un ángel, definía al monaquismo como la esencia de la vida monástica. *No admitáis que nadie lleve a cabo grandes hazañas hasta que hayan pasado tres años*, dijo el ángel. *Permitásele entrar en este dominio; sólo cuando haya cumplido algún trabajo difícil*⁶.

San Pacomio comenzó su vida monástica como ermitaño. Sin embargo, vio en el cenobitismo una forma de monaquismo que afecta más que el eremitismo a la vida espiritual del monje y suscita un perfecto desenvolvimiento de las cualidades de su alma.

⁴ Obispo Paladio de Elenopolsk, Lavsaik. St. Petersburgo, 1850, p. 116.

⁵ Hermias Sozomen de Salamis, *Historia de la Iglesia*. St. Petersburgo, 1850, t. 3, cap. 17.

⁶ *Relatos notables* (Dostopamyatnye skazaniya). Moscú, 1845, p. 24.

De acuerdo con la Regla de san Pacomio, el acto de aceptación en un monasterio, tiene tres estadios consistentes en: a) prueba; b) toma del hábito o vestición y c) presentación al *staretz* para que sea su guía espiritual. Indudablemente, cada uno de los tres estadios tiene su propio significado.

Ellos marcan el principio de los tres grados del monaquismo, los cuales han llegado a estar profundamente ensamblados en la vida de la Iglesia Oriental: primero, el novicio (o *riasofo*); segundo, el monje (conocido como *mantiyniy* o monje del Pequeño Hábito); y tercero, el monje del Gran Hábito (o simplemente, *skhimnik*).

Los historiadores eclesiásticos Sozomen, el Obispo Paladio de Helenópolis y el hieromonje Nicéforo, sostenían que san Pacomio fue el primero que invistió a los monjes con la máxima dignidad monástica: el hábito⁷.

Aunque en la Regla de san Pacomio la aceptación en un monasterio estaba marcada por el ritual de la vestición, las reglas de las etapas posteriores introdujeron un elemento no menos importante en el acto de admisión al estado monástico: la profesión solemne de los votos. San Basilio el Grande incluyó definitivamente la formulación de los votos de pobreza, castidad y obediencia en este oficio.

Un monumento de la Iglesia primitiva: la "Jerarquía Eclesiástica", atribuido a Dionisio Areopagita, describe la antigua forma de profesión de los eremitas, siendo notable por combinar los rasgos específicos de las primitivas reglas monásticas. En realidad, es el oficio más completo y definido que se conoce.

Este oficio distingue claramente tres momentos: a) la renuncia formal al mundo por parte del candidato; b) el corte de cabello o tonsura en forma de cruz y c) la vestición del hábito. En tiempos primitivos estos grados ya habían adquirido un significado sacramental. En general, los votos monásticos se hacían en la iglesia, ante el altar y en presencia de todos los hermanos.

La tradición del corte de cabello es particularmente interesante. Era costumbre de los ascetas egipcios rasurarse. La Regla de san Pacomio contiene especiales observaciones a este respecto. Sin embargo, cuando el monaquismo entró en Grecia desde Egipto, surgió una costumbre completamente distinta: los griegos no se cortaron el cabello.

Durante los primeros tiempos del monaquismo no se daba ninguna importancia particular a la tonsura. Solamente con el advenimiento de las reglas cenobíticas que regían la vida externa de los ascetas, esta cuestión fue resuelta definitivamente. El corte de cabello no implica el rasuramiento total de la cabeza sino que llegó a ser el símbolo de la consagración a Dios, de su

⁷ San Jerónimo, *Hierónimo, Jerónimo el Bienaventurado. Trabajos* (Tvoreniya), Kiev, 1880, vol. III, p. 59.

elevación a cierto grado de vida, y de trabajo en la Iglesia de Cristo, como la ordenación de los clérigos.

Después del corte de cabello el monje era vestido con el hábito, ya fuera de color blanco (símbolo de la pureza angélica), o negro (como señal de dolor por los pecados cometidos). El hábito consistía en el *kukol* (capucha), con la cruz en el frente, y el *mafori* (capa), que cubría el cuello y hombros del monje. Debajo estaba el *koloviy* o túnica particularmente áspera en el caso de ascetas estrictos, conocido como la *vlasanitza* o camisa de cerda. Encima de ésta, el monje se colocaba el *analavion*, un lienzo cuadrado con los instrumentos de la Pasión bordados en él y colocado sobre la espalda. Su cintura se ceñía fuertemente con un cinturón de cuero. Sobre todo esto iba el manto, y calzaba sandalias en sus pies. Para entrar en la iglesia y recibir la Santa Comunión o simplemente para orar, los monjes egipcios se descalzaban. Por último, usaban el báculo.

Este tipo de hábito era llevado en monasterios cenobíticos. Sin embargo, de acuerdo a algunos documentos, pudo también haber sido usado por los ermitaños. Así, p. ej. el *kukol* y la túnica, eran característicos de ambos⁸. A pesar de esto, los ermitaños tenían hábitos más toscos que los usados por los cenobitas.

La Regla de los monasterios cenobitas especificaba también la edad para ingresar en el monasterio. Por lo general, los postulantes eran admitidos desde los 16 o 17 años, con la condición de que el solicitante estuviera firmemente resuelto a llevar vida monástica.

Tanto en Oriente como en Occidente el candidato profesaba en la iglesia, y en Occidente, la profesión se celebraba en los días de fiesta.

En los primeros tiempos, el derecho de aceptar la profesión de los monjes estaba reservado a los obispos; sin embargo, pronto se extendió a los presbíteros. En Oriente, aun un monje común podía recibir la profesión. En todos los casos, se realizaba con el conocimiento y la bendición del obispo.

Cuando empezaron a existir los conventos de mujeres, se usaron casi los mismos hábitos y reglas para la profesión que existían en los monasterios de hombres.

Las reglas primitivas del siglo IV permanecieron básicamente inmutables, pero esto no excluyó posteriores ampliaciones en el ritual de entrada al monasterio. Estaban condicionadas por circunstancias históricas.

El siglo IV fue el período en que se practicó más intensamente el monaquismo. Fue la época de su florecimiento. A pesar de esto, además de los monjes verdaderos existía un número considerable de hipócritas, especialmente entre los anacoretas.

⁸ E. E. Golubinsky, *Historia de la Iglesia Rusa (istoria Russokoi Tserkvi)*. Moscú, 1904, vol. I, cap. 2, p. 565.

La fama de los verdaderos ascetas -los ermitaños- se extendió muy lejos. Pero algunos se apartaron al desierto no por vocación a la soledad, lo cual condujo a una distorsión de la esencia de la vida monástica: algunos ermitaños fueron a los pueblos y ciudades y se entrometieron en asuntos eclesiásticos y civiles.

En el canon 23 del IV Concilio Ecuménico se establece que sería beneficioso para los monjes estar bajo la vigilancia de los obispos. Los anacoretas debían establecerse en monasterios cenobíticos. Con esto, sin embargo, la Iglesia no abolió, de ninguna manera, la antigua y venerada costumbre del ascetismo, sino más bien la convirtió en una de las formas de cenobitismo.

San Basilio el Grande, y san Jerónimo, así como otros padres y maestros de la Iglesia (como p. ej. san Pacomio, mencionado más arriba), consideraban el monaquismo cenobítico como una forma de vida monástica espiritualmente más beneficiosa para muchos monjes, que la eremítica.

Al anacoretismo con las condiciones de la vida en común se le concedió un "rango" definitivo. Llegó a ser conocido como la imagen angélica mayor, distinguiéndola del cenobitismo ordinario, llamado la "forma angélica menor".

Sin embargo, la nueva orden dictada por el IV Concilio Ecuménico no fue aceptada inmediatamente por todo el mundo. Entró en vigor gradualmente y condujo a algunos cambios en el monaquismo. Un recién llegado al claustro no se entregaba inmediatamente a una vida de aislamiento. Después de muchos años de prueba, pronunciaba los votos para el Pequeño Hábito que correspondían al cenobitismo. Después de haber cumplido la obediencia con los demás hermanos, cuando, en palabras de san Jerónimo, hasta la apariencia y las palabras del monje dan una imagen virtuosa⁹, podía buscar la soledad en el monasterio y tomar el Gran Hábito.

Así, san Juan Clímaco empezó su vida de soledad después de vivir 19 años como cenobita. En el siglo VII, el Sínodo de Trullan estableció en su canon 41 el período definitivo de tiempo requerido para la transición entre el cenobitismo y la reclusión.

Hay que notar que no todos los padres y ascetas de la Iglesia dividían el monaquismo en grande y pequeña imagen angélica. Por ejemplo, san Teodoro Estudita no estaba de acuerdo con esta división y consideraba que debía haber una sola forma de monaquismo, así como hay un solo sacramento del Bautismo.

A pesar de esto, la costumbre de dividir el monaquismo en dos se extendió ampliamente en la práctica de la Iglesia. El Pequeño Hábito llegó a ser así una especie de grado preparatorio para el Gran Hábito. El cenobitismo fue conocido como "compromiso", y la reclusión dentro de un monasterio, como un verdadero "matrimonio". De acuerdo con la Regla, la diferencia entre el Grande y

⁹ *Gran Euclologio* (Bolshoi trebnik). Moscú, 1897. *Orden de la Mayor Imagen Angélica* (Posledovanie velikogo angelskogo obraza), cap. 28, p. 70.

Pequeño Hábito comenzó a reflejarse en el hábito mismo. Los del primero, bordaban cruces en la túnica, mientras que los otros, no¹⁰.

Los que pronuncián los votos para el Gran Hábito, deben ser como ángeles encarnados, logrando un grado de perfección espiritual posible para el hombre. Constante contemplación de Dios, vida en El, el Único, y silencio. Esta es su vocación.

El *analav* y el *kukol* de los monjes del Gran Hábito, son los signos del perfecto monaquismo, símbolos no sólo de humilde sabiduría y dulzura sino también de la Cruz, del sufrimiento, de las heridas de Cristo, del constante morir con El.

RITUAL PARA LA RECEPCION DEL GRAN HABITO

El Gran Hábito confirma la repetición de los votos del Pequeño Hábito pero, al mismo tiempo, está simbolizado por un nuevo hábito -el *kukol* y el *analav*- y por las oraciones que se dicen durante la vestición. Un monje que haya profesado para el Gran Hábito, al repetir los votos monásticos acentúa con especial fuerza la esencia y propósito de su acción. La Iglesia siempre ha atribuido particular importancia a este rito.

De acuerdo al antiguo rito de profesión para el Gran Hábito, el hábito del monje era llevado a la iglesia en la víspera, y se lo colocaba al pie del altar.

Según el Prof. A. Dmitrievsky, el rito de profesión en los siglos XV y XVI para tomar el Gran Hábito, ha conservado las normas primitivas del rito. En los Maitines del día de la profesión, los cánones comunes eran leídos junto con otro canon relacionado con el rito de la Gran Imagen Angélica.

La profesión se hacía durante la Divina Liturgia, después de la Pequeña Entrada. Esto, indudablemente, confería al rito un especial significado litúrgico. Al participar del Santo Sacramento de Cristo durante la Liturgia, fortalecía al monje espiritualmente, y lo confirmaba en su nuevo camino.

Después de la entrada con el Evangelio, el tropario del día es seguido por el canto de otros tres, durante los cuales el monje se aproxima a las Puertas Santas. Entonces el higúmeno le pregunta sobre su deseo expreso de la vida monástica, su obediencia al higúmeno y la preservación de su castidad, esto es, las mismas preguntas que se hacen al profesar para el Pequeño Hábito.

En el Oficio del Gran Hábito, las así llamadas exhortaciones catequéticas sobre la vida perfecta que el higúmeno dirige al monje, son notables por la profundidad de su significado. *Regocíjate en el gozo y alégrate en la alegría*, se lee en el Oficio, *porque hoy el Señor Dios te ha elegido y te ha sacado del*

¹⁰ *Gran Eucologio*, cap. 28, p. 71.

*mundo y te ha colocado delante de su Rostro en tu nuevo estado monástico*¹¹.

Sigue luego la tonsura y la vestición del Gran Hábito. De acuerdo con los Oficios primitivos, toman parte en el ritual dos monjes; el higúmeno de la comunidad y el presbítero que celebra el rito.

El Gran Eucologio aclara lo que hacía el higúmeno durante el corte de cabello (dirigirse al candidato, exhortarlo y luego tomar parte en el rito de transferir las tijeras del candidato al presbítero), y lo que hacía el sacerdote. El presbítero cumplía uno u otro de los ritos de acuerdo a las directivas del higúmeno. Este era considerado en los antiguos ritos como el padrino del candidato.

En el siglo XVII se hicieron cambios en algunos ritos. El de la profesión adquirió una formulación independiente. La profesión para el Gran Hábito ya no tuvo lugar durante la Divina Liturgia sino que los hermanos se reúnan en la iglesia para la ceremonia; que era acompañada por cantos solemnes y una exhortación a cargo del higúmeno. La Gran Letanía era seguida por la lectura de la Epístola (Ef per. 233) y el Evangelio (Mt periv. 39 y 43).

Mientras el antiguo rito de profesión para el Gran Hábito consistía solamente en la adición del *kukol* y del *analav* al hábito del monje; el nuevo ritual, en cambio, requiere la vestición completa. El candidato es conducido descalzo a la iglesia, llevando sólo una túnica (*srachitsa*). Se le da un nuevo nombre y se le viste el hábito, luego se le entrega una cruz y un cirio encendido que lleva en sus manos. Este ritual de profesión está en el Gran Eucologio y es usado hasta el presente.

Después de haber profesado, el monje es entregado a un *staretz* para que sea su guía espiritual. Vivirá en la iglesia una semana, que en el caso del Gran Hábito; se reducirá a cinco días.

Además del ritual completo del Gran Hábito, había algunos otros rituales abreviados, según la idea de que los votos son irrepetibles. Al candidato para el Gran Hábito no se le hacen preguntas, ni se le corta el cabello sino que se lo viste simplemente con el Gran Hábito: el *pletitsy* (*analav*) y el *skhima*, (*kukol*).

Las oraciones del Oficio del Gran Hábito son de un carácter estrictamente ascético; repiten la idea de la renovación por medio del Bautismo y el renovado arrepentimiento de parte del monje. *Que esta imagen divina transforme tu vida y la transfigure* leemos en la tercera estrofa del canon, *... concédas a tu siervo fiel que se acerca a Ti, la purificación de sus pecados*¹².

Estos cantos conmovedores están extraídos del santo Evangelio y de las obras patrísticas. Así, en la 3a antífona del 4° tono, leemos casi palabra por palabra, el texto evangélico: *Venid a Mí: y hallaréis reposo para vuestras almas*¹³.

11 Ibid. p. 74.

12 Ibid.

13 Ibid.

Muchos cánticos fueron compuestos por monjes considerados muy buenos himnógrafos, como san Juan Damasceno y su amigo Cosme Melodus, san José el Himnógrafo que compuso el conocido tropario: *Abre tus brazos, oh Padre...* y la stijira: *Nuestro camino, oh hermanos, es conocer el poder de este sacramento...*

El rito para escoltar al nuevo *skhima-monje* al refectorio, y la remoción del *kukol*, ha permanecido sin cambios en todos los rituales.

Según una antigua práctica, se admite para el Gran Hábito sólo a los monjes del Pequeño Hábito. Los novicios que profesaron directamente para el Gran Hábito, nunca fueron aprobados.

El monaquismo ha echado hondas raíces en Rusia a fines del siglo X. Fueron fundados numerosos conventos de mujeres y monasterios de hombres y las profesiones se celebraban de acuerdo a los oficios traducidos del griego y del búlgaro. Según el ejemplo de los monasterios griegos, san Teodosio introdujo en el cenobio de Kiev-Petchersky los tres estados del monacato. Según se relata en la vida de san Pimén, el Paciente, la comunidad a la que pertenecía conoció el Oficio del Gran Hábito con ocasión de la milagrosa profesión del Santo.

El Gran Hábito fue siempre mirado en Rusia con reverencia. Desde tiempos antiguos era una costumbre muy difundida entre los rusos tomar el hábito antes de morir.

La tradición de pronunciar los votos para el Gran Hábito, siempre ha sido conservada en los monasterios rusos. Para quienes buscaban el completo silencio, era permitida la reclusión en los claustros o alternando en *skhitas*, las que se establecían con un estricto modo de vida eremítica y donde los laicos no eran admitidos ni siquiera para orar.

Los claustros se organizaban según el modelo de los antiguos monasterios palestinos. La habitación de un ermitaño que había adquirido la perfección espiritual, llegaba a ser habitualmente un monasterio. Ese fue el origen del monasterio de la Trinidad-San Sergio, el Monasterio de Radonezh, cerca de Moscú, y muchos otros monasterios en Rusia.

San Sergio de Radonezh comenzó su vida monástica como ermitaño, en la primitiva iglesia de madera dedicada a la Santísima Trinidad, construida por él mismo en el desierto. Hizo los votos para el Pequeño Hábito, que lo capacitaron para tomar el cargo de hígumeno cuando sus primeros seguidores se instalaron cerca de él.

San Sergio estableció su monasterio aislado del mundo, pero, a pesar de todos sus trabajos, jamás abandonó el mundo ni sus necesidades. Amaba profundamente a su pueblo, el pueblo ruso, compartía su destino y oraba por él como parte de su servicio monástico. Siguiendo el ejemplo de san Antonio de Egipto, el primer ermitaño cristiano de Oriente, san Sergio abandonó su claustro del desierto y salió para Moscú, donde permaneció para apoyar espiritualmente al

príncipe moscovita y para sostenerlo en los asuntos de Estado.

Medio año antes de su muerte, san Sergio confió su cargo de higümeno a san Nikon. Los hermanos se separaron con tristeza de su santo superior pero no pudieron impedir su alejamiento puesto que entendieron que deseaba tomar el Gran Hábito. En los iconos antiguos y tapices bordados, san Sergio aparece con el Gran Hábito cubierto de cruces.

En la Laura san Sergio, se conserva todavía la costumbre de que los monjes tomen el Gran Hábito en sus últimos años. Entre 1948 y principios de la década del 70, diez monjes hicieron los votos para el Gran Hábito, muchos de ellos de más de ochenta años.

Sus nombres están en los dípticos de la comunidad (En. 4, 1971). En el cementerio de Zagorsk están sepultados, junto con otros hermanos, todos los monjes del Gran Hábito. Actualmente, en la Laura hay un solo skhima-monje: Damáskinos (siendo Procopio su nombre monástico).

El objetivo más anhelado por el monje -la perfección- es tomar el Gran Hábito. Siempre, desde la antigüedad, se ha hablado del Gran Hábito como culminación del monaquismo, y a esta palabra se le ha dado un significado íntimo y profundo. En el monacato es donde el aspecto sacrificial del servicio a Dios por el hombre está mejor expresado, puesto que los monjes aman a Dios con amor perfecto de acuerdo al mandamiento del Evangelio: *...con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente (Mt 22, 37).*

Archimandrita EVLOGUI
Iglesia Ortodoxa Rusa